

En términos conmovedores, el orador dió cuenta del respetuoso y cordial recibimiento que se le hizo en un convento de Hermanas anglicanas, quienes están muy ansiosas de saludar con júbilo el día de la reunión de las dos Iglesias.

La confesión y la comunión están reapareciendo poco á poco; lo que prueba que la distancia existente entre católicos y anglicanos disminuye en todos sus puntos. Es de observar que esa evolución de la Iglesia anglicana se debe principalmente á la iniciativa de una parte de la "High Church" (alta iglesia), al grupo de los Ritualistas, que son los conductores del gran movimiento.

Si la conversión á la Iglesia será muy provechosa á Inglaterra, lo será también á aquella. Dicha conversión acrecentaría de un modo considerable la fuerza expansiva del Catolicismo; pues á los actuales contingentes de la verdad, se asociaría el poder de una raza, la más influyente y la más expandida en el universo. Los gastos que sola Inglaterra destina á sus misiones protestantes exceden fabulosamente á todas las sumas que todo el mundo católico consagra á la propagación de la Fé. La propaganda católica cuenta en su servicio principalmente á los franceses, cuyo celo es admirable; ¿qué sería de ellas si la Iglesia pudiera contar con la energía y la iniciativa de los anglosajones?

Mientras más se estudian los obstáculos que separan el anglicanismo de la Iglesia Católica, más se disminuyen las dificultades que todavía se oponen á su reunión. En efecto, son ya manifiestas entre ellas, las señales de perfecta reconciliación, puesto que existen muy cordiales relaciones entre la Santa Sede y el Reino Británico. El Cardenal Lavignerie fué siempre acogido en Inglaterra con el mayor entusiasmo, y muy populares han sido también entre los protestantes los Cardenales Newman y Manning. El sacerdote católico ha conquistado el respeto de todos, después de la emigración que dió á conocer y apreciar al otro lado de la Man-

cha, y se han disipado todas las preveniciones que contra él existían. En este punto se han ensanchado las ideas, gracias á la instrucción superior y á los numerosos viajes que se han llevado á cabo. Ahora será necesario verificar la unión colectiva ó la de conversiones individuales.

Las opiniones están divididas entre estas dos desiguales esperanzas; pero todos están de acuerdo en el pensamiento de la unión. Para lograr este fin trabajan con mucha actividad los Halifax en Inglaterra y el abate Portal en Francia, quienes han fundado un importante diario intitulado REVISTA ANGLOROMANA. Los católicos ingleses, por lo general, tienen fe, sobre todo en la posibilidad de las conversiones individuales. En todo caso se debe observar los dos métodos simultáneos, aunque no se pierde el tiempo buscando la unión colectiva. Este camino alléga relaciones y aumenta la mutua estimación que conducirá fácilmente á la avenencia.

El abate Klein no se pronunció por ninguna de esas opiniones, y simplemente manifestó que no se debe omitir esfuerzo alguno por atraer á los anglicanos, que tan cerca están de la verdad.

También dijo, que aunque fuese muy probable una futura unión colectiva, no por eso se debe sacrificar á ella la obra de las conversiones individuales.

La conferencia de Klein fué vivamente acogida y el entusiasmo del auditorio se tradujo en ruidosos y repetidos aplausos.

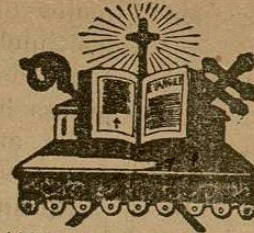
Granos de oro

No puedo creer que haya materialistas ó ateos de buena fé. Los ateos han llegado á serlo, sólo que desechan la fé entregándose á sus pasiones, porque les turba la pintura del porvenir que la Religión les presente.

Diderot.

COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

Tp. de N. Parga.--D. Juan Manuel R.

Resp. Jesus Berruero.

TOMO VIII.

GUADALAJARA, FEBRERO 8 DE 1897.

NUM. 51.

SECCION I.

SERMON

predicado en la Colegiata por el Sr. Canonigo D. Domingo Romero, en la funcion que el día 5 de Octubre de 1895 toco celebrar á la Mitra de Zacatecas.

Adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiae; ut misericordiam consequamur et gratiam inveniamus in auxilio opportuno. Paul. ad Hebr. Cap. IV vers 16

Lleguemos, pues, confiadamente al trono de la gracia, á fin de alcanzar misericordia y hallar gracia para ser servidos á tiempo conveniente.

¿Por qué nos encontramos, Illmo. y Rmo. Señor, (1) Señores, no en las montañas de Zacatecas, áridas como en otro tiempo los campos de Gelboe, sino en una ciudad legendaria, cuyos monumentos hablan, cuyos campos nos arroban y cuya historia nos es tan conocida?

(1) Presenta el Illmo. Sr. Obispo de Zacatecas,

Hemos dejado atrás nuestros hogares; allí se encuentran las personas que nuestro corazón estima cordialmente; y al separarnos, á pesar de nuestra ausencia, hemos encontrado un nuevo cántico que nos reúne en estos sagrados lugares, que visitamos en peregrinación, no hace un año todavía.

Aún no se apaga en nuestros lábios la última nota, aún no espira en nuestro corazón el último sentimiento dulcísimo del alma; y, congregados de nuevo, venimos á ponernos de hinojos á las plantas del lirio del Valle de México.

Hemos recorrido extensos campos, y al dejar atrás tantos lugares, el alma adormecida en los recuerdos de la Historia, se ha ido á fijar en otras épocas, en otros lugares y en otros climas, con la magia que tiene lo que fué.

El pueblo hebreo está disperso; no tiene templo ni sacerdocio, se ha mezclado con los de todas las naciones sin lograr confundirse jamás. Acabó no vive; pero al través de los siglos, me parece encontrar su figura, y recordando las amarguras de su pueblo, creo oír el lamento de esa

dicen lo que puede el genio conducido por la autoridad de la Iglesia.

Las cuestiones quedaron resueltas, la ciencia llegó á una prodigiosa altura y no hubo problema por abstruso que se considere al entendimiento humano, que no le hubiera dado solución la inteligencia ordenadora de los sabios que hemos mencionado.

La Edad Media fué la época del creyente sabio, del que busca con avidez la verdad y la encuentra y lo resuelve todo. Inspirados en esa luz divina, se produjeron los más hermosos poemas. Aparece el Dante hablando en un estilo que admiran los inteligentes, no pudiendo compararse sino con los postreros lamentos de un cisne. El Petrarca, con sus recuerdos tiernísimos, canta las hazañas de los cruzados. El Tasso y Ariosto hacen resonar las cuerdas de sus lirras inmortales, para predecir el eterno canto que la fé les inspira.

Surgen las basílicas, florecen los arquitectos, los pintores, á quienes alumbró la luz de la fé; florecen Miguel Angel y Rafael, admiración de las edades. La ciencia dió solución satisfactoria á los problemas.

A la de los siglos medios siguió la negación, siguieron las burlas sangrientas, á lo que se llamó la ciencia antigua, y vinieron los sistemas, los errores y los delirios. Este carácter se acentuó más y más en el siglo XVIII, en que claramente se rompió con el pasado y se quiso construir sobre los escombros de la ciencia antigua el edificio de la nueva. Apareció en la filosofía el fenómeno

de Kant, Tícher y Hegel; el materialismo de Cabanis; el ontologismo en sus distintas fases, y vino despues el Darwinismo y los demás sistemas filosóficos, desterrando del mundo intelectual á Dios, base suprema, punto de apoyo de la triple palanca del mundo físico, moral é intelectual. El hombre, ávido de conocer la verdad, encontró negaciones, delirios, absurdos, como única respuesta á sus preguntas. Los sabios no estaban de acuerdo en ninguna solución y la enciclopedia vino á reproducir todas las utopías de los más avanzados filósofos del siglo XVIII. En este cuadro destacan las teorías de Voltire y de Rousseau; y cuando angustiada la humanidad preguntaba como Pilatos á Jesús: *¿quid est veritas?*, una estridente carcajada respondió á sus preguntas.

En Teología se negó á Dios, ¿qué quedaba ya? El Derecho se sustituyó con los principios de la Revolución francesa, y se negó la propiedad, y todo, bajo la égida de los sistemas calificados como absurdos. En Cosmología se negó el Génesis, y con el ruido de las ciencias naturales se aglomeraron utopías con el fin de dar un golpe mortal á la Sagrada Escritura.

En moral, el utilitarismo, y como en Babel, se confundió el idioma, sin que se pudieran poner de acuerdo los contendientes. Este fué el siglo de la incredulidad, que preparó al siglo llamado de las luces, el siglo XIX.

Hoy el hombre no es creyente como en los siglos medios; el error ha extendido un velo sobre el horizonte científico, pero no es tampoco el

incrédulo del siglo XVIII. Es el ecéptico que nada cree, porque le quitaron la ciencia y la fé, hijas del cielo, y que tienen el mismo fin: la gloria de Dios.

La duda es el invierno de la inteligencia y del corazón. El hielo ha entorpecido la inteligencia; ha amortiguado los antiguos ardores de la sublime caridad cristiana. El campo está sin agua; no hay vegetación, ni flores, ni frutos.

Los filósofos, siguen en sus delirios desechando lo que tenían por tesis. Los poetas de la importancia del Dante, han desaparecido. El siglo del materialismo se preocupa muy poco por el porvenir, teniendo las ventajas materiales que le suministra la cultura moderna. Esta ha sido la señal de decadencia, díganlo Grecia, Roma, Babilonia. Sin la mano de Dios, las modernas sociedades volverán al caos.

He aquí el campo estéril; no ha caído el rocío del cielo hasta el día en que, compadecido de nuestra suerte, venga la lluvia de la gracia. Ellas vienen á implorarlo, ys ube al Tepeyacatl, nuevo Carmelo, con el fin que acabamos de indicar.

Los Padres de la Iglesia griega hacen deribar el nombre de Elias, que quiere decir: sol. La propiedad de este astro manifiesta con claridad los derechos del Obispo; el es el centro del sistema planetario que gobierna por las leyes naturales á los planetas que le están sujetos, y los baña con los raudales de luz que recibid al ser creado. El Obispo es el sol que con las leyes de la Iglesia gobierna el cuerpo de astros; vos

estis luz mundi, que Dios quiso poner á su cuidado, y estos astros, los sacerdotes, reciben su luz de aquel á quien el Espíritu Santo puso á gobernar la Iglesia de Dios. De El reciben la enseñanza, la ilustración en las materias que, escapándose á su penetración, necesitan una luz superior, que es lo que se llama iluminación en los ángeles, y la razón primordial para que se llame el Obispo ángel de la propia Iglesia. Administra los sacramentos por derecho propio y da el orden y la jurisdicción á los que escogieron la heredad del Verbo encarnado. Por eso concurre al crecimiento de las plantas que se hallan en el hermoso campo de la Iglesia que Jesucristo adquirió con su preciosa Sangre. El Obispo de Zacatecas es para nosotros el nuevo Elias que abandonando los desiertos, viene al Carmelo para que brille más el poder de Dios, que se complace en el triunfo de los suyos.

Pero notad, Señores, que el profeta, pobre, extenuado de fatiga, ora por el pueblo y no le detiene nada en su camino. El Prelado de Zacatecas pertenece á la familia franciscana; la obediencia puso sobre sus hombros el Vicariato de la Baja California, como sobre los hombros de otro hijo de San Francisco, puso, en tiempos mejores para la patria, él de la Alta California, sobre los del Illmo. Sr. Dr. D. Francisco García Diego, cuyo sepulcro humilde se halla en tierra extranjera. La obediencia lo llevó á la Diócesis de Chilapa donde tantos beneficios impartió; y despues fué trasladado á Zacatecas donde rico para todos y pobre para sí

generación desgraciada que se perdió en la noche del olvido.

Tres años hacía que un hombre extenuado por los trabajos y el ayuno, cubierto con la piel de un camello, había predicho al pueblo de Dios que no fecundaría los campos la lluvia bienhechora.

Miradle en la falda del Carmelo como desafía la ira del rey, que, como se encuentra el agua represada cuando se quita el obstáculo que la detiene y se precipita por la extensa llanura, arrastrando los sembrados y derribando los árboles; así pretendía destruir al Profeta del Señor.

Con frente erguida, pero sin el orgullo del mundano, confunde á los misterios de los falsos dioses que no pudieron recibir el sacrificio, mientras el Señor Dios de Israel hace ostensible que es quien lo envía, aceptando el suyo.

Trepa á las cumbres del Carmelo; pide al Señor que descienda la lluvia, y manda á un joven que inspeccione el mar hasta siete veces, para que le anuncie si se acerca la tempestad deseada.

A la postrera le dice su emisario que para el lado del Oriente aparece una nubecilla del tamaño del vestigio que deja el pié del hombre, *parva sicut vestigium hominis*.

Aquel hombre de mirar severo, de lengua barba y cuyo poder era conocido en Israel, se yergue y en tono solemne manda decir al rey que se acerca la tempestad.

Y cual si los vientos esperaran la orden del Profeta, se levantan gemidores primero, despues desencade-

nados braman, trayendo la noche y las tinieblas.

Ruedan con una velocidad vertiginosa las nubes, las unas sobre las otras, engendrando el rayo en sus entrañas.

Retumba el trueno, rasga el rayo las nubes condensadas y en grandes gotas comienza la lluvia, tres años antes tan deseada.

El libro III de los Reyes me suministró entonces un pasaje que forma un gran paralelo entre lo que sucedía en aquellos remotos tiempos con lo que vemos actualmente, y que motiva la peregrinación zacatecana.

Pero en este cuadro, Ilmo. y Rmo. Señor, Señores, sobrezala en principalmente tres cosas: un pueblo que camina á las cumbres del Carmelo para remedio de sus males; una nube que se condensa y fecundiza los campos que habían permanecido estériles; Elías que alcanza los favores del cielo. Hé aquí el tema del sermón que por obediencia, vengo á desarrollar en este día.

Sostened mi debilidad, implorando el auxilio del cielo por medio de María Santísima de Guadalupe, á quien saludaremos con el ángei: Ave María.

La historia de las peregrinaciones, tan interesante por el fenómeno que en ellas se desarrolla, es una manifestación por la que se llega al conocimiento del modo con que el hombre se eleva de las cosas sensibles á las espirituales.

Es tan natural, como á los edificios antiguos el cubrirse de musgo, y á las encinas del bosque de la yedra que busca su apoyo,

Al protestantismo, que de error en error llegó hasta producir el más desgarrador escepticismo, le pareció lógico negar la utilidad y necesidad de las peregrinaciones, exponiendo que, estando Dios en todas partes, en vano se busca en un lugar con preferencia al otro. ¡Cómo si hubiéramos olvidado que Dios quiso manifestarse de un modo especial en el monte donde iba á ser sacrificado Isaac! ¡Cómo si no supiéramos que quiso que se le construyera un templo en el territorio de su pueblo escogido! ¡Cómo si no supiéramos que indicaba su presencia en aquella nube misteriosa que se ponía sobre ese mismo templo!

Y qué gnada querrá significar esa tendencia de los pueblos antiguos y modernos á las peregrinaciones? ¿No será una prueba el que los pueblos civilizados desde la cuna de la humanidad hasta el presente siglo, hayan hecho peregrinaciones á los lugares más notables consagrados por la religión? ¡Pobres ilusos! La filosofía los condena á la luz de los principios meramente racionales.

Los primeros hombres fueron al ara en que Abel ofreció su sacrificio, pidiendo al Señor que lo aceptara. No lejos de este lugar se encuentra aquel que recibió la sangre derramada por la envidia de su hermano; y aquí iban los antiguos á contemplar la pena de Adán, que vió realizada la maldición de Dios. Cuántas veces fué visitado el monte en que Abraham iba á sacrificar á su hijo Isaac, y donde se le prometió una numerosa descendencia. Pasan sobre esos lugares muchos siglos, y nada

ha podido hacer olvidar ese acontecimiento glorioso.

Cuando los hebreos querían moverse á penitencia, visitaron los lugares en que la cólera del cielo hundió para siempre las cinco ciudades criminales, dejando el testimonio de sus castigos. También iban, como lo refiere Flavio Josefo, á visitar el lugar donde la mujer de Lott fué convertida en estatua de sal, por su desobediencia al Señor. Los judíos caminaron á visitar los gloriosos sepulcros de Jacob y de José en tierra inhospitalaria, y que tan amargos recuerdos traía para sus corazones.

Ecbatana, cuyos muros derruidos no conservan á veces ni la memoria de los lugares más notables, tiene dos sepulcros que la gratitud de un pueblo favorecido en su desgracia no los ha abandonado: los sepulcros de Esther y Mardoqueo. Los judíos visitaron el antro donde el Profeta de los trenos llora por Jerusalén, y allí les era grato repetir sus acentos arrancados á su lira varonil. Y en la actualidad, ¿no es muy conmovedora la peregrinación del pueblo judío á los muros de aquella ciudad tan amada, cuando van á recordar á los Profetas llamando al Redentor, que creen no haber venido todavía?

Y no solo el pueblo escogido, sino todos los pueblos civilizados. En el lugar donde colocaron la torre de Babel se construyó un templo dedicado á Belo; allí, despues de muchos siglos, asistieron los hombres que querían conservar el recuerdo de la dispersión de las familias por los campos de Senaar.

Los romanos visitaron los templos más notables de sus dioses; y en la misteriosa gruta de la Sibila se encontraron muchas veces hijos del pueblo-rey.

¿Y quién no recuerda las peregrinaciones de los griegos, de ese pueblo de imaginación rica, que poetiza las fuentes y los bosques, la luz de la luna, y sus argentados rayos? El ciego de Chiol en sus cantos inmortalas, nos dice claramente cual fué la creencia de los pueblos helenos.

Pero pasemos al cristianismo, época en que el Hombre Dios enseñó una doctrina que jamás pudieron inventar los filósofos, por lo mismo de ser revelada. Las peregrinaciones à los santos lugares, las encontramos descritas desde el principio del cristianismo. Cuando los emperadores romanos persiguieron à los cristianos, levantaron su voz S. Justino y Cuadrato, defendiendo à los cristianos y sus derechos y hablando de las peregrinaciones à los lugares santos. Cuando Tito y Vespasiano arrasaron la ciudad de Jerusalén, muchos cristianos habitaron en esos escombros, para contemplar el cumplimiento de la conminación hecha por Jesucristo à la ciudad deicida, y para tener presentes aquellos lugares, que el Señor santificó con su presencia. Así una madre vela los despojos del hijo que acaba de perder. Los romanos eran los vencedores: *vae victis*. El tirano no respeta las creencias de los cristianos, y temiendo por el número de peregrinos que iban à Jerusalén, se propone impedirlo. Adriano, al reconstruirse el templo, manda colocar u-

na estatua de Vénus con esa vergonzosa desnudez, y tan provocativa como la concibe el paganismo.

En Belén, en donde el Señor santificó con su presencia los misterios de su santa infancia, puso una estatua de Adonis.

Ni el santo sepulcro se escapó de la profanación: en el lugar en que descansó el Divino Salvador, colocó el Emperador la estatua de Júpiter capitolino. Con el trascurso de los años, el culto de los dioses fué vencido; cayeron de sus pedestales, y convertidos en menudo polvo, se dispersaron por el viento.

Llega por fin el triunfo de la Iglesia. Santa Elena visita con espíritu cristiano aquellos lugares venerables. Se levantan templos en ellos, y aparece la cruz del Redentor, debido à la tradición que conservaron los cristianos de origen hebreo. El noble ejemplo cunde y se aprestan à realizar peregrinaciones los que pueden. San Jerónimo habla de la abundancia de peregrinos de toda nacionalidad; y Teodcreto, en el siglo V. hace mención de la Sión Cristiana. Estas peregrinaciones no se interrumpen, sino que toman su mayor incremento en el tiempo de los cruzados, en que se creía indispensable recorrer los lugares santificados por el Señor. Saladino se apodera de los lugares santos; el corazón cristiano no desmaya; las peregrinaciones siguen aun con peligro de la vida de los cristianos.

No es menos bella la tradición sobre las peregrinaciones à los templos en que se veneran las imágenes de la Santísima Virgen María. La

historia de Oriente està llena de esas piadosas romerías. Y nótese que allí donde la mujer se consideraba degradada, allí mismo es donde se levantaban altares de la Virgen Madre. ¡Cuántas veces la mujer griega derramó sus lágrimas, allí mismo donde la musulmana y la judía venían à comunicar à aquella mujer las penas íntimas que minan la existencia! Célebre es la romería à la gruta de Monserrat, monumento de patriotismo y religiosidad para el noble pueblo español. A la orilla de los mares, à la Virgen de la Paloma, que los marinos le conservan el purísimo recuerdo de haberlos libertado de la furia de las olas. Célebre es la Virgen de la Consolata, que los peregrinos visitan con amor especial para cumplir sus exvotos. Célebre el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe en España, en donde el cielo ha concedido tantas gracias por intercesión de la Santísima Virgen. Nuestra Señora de Roca-Amador, que se venera desde los tiempos más antiguos! Allí sobre escarpadas rocas estaba puesto el templo, rodeado de bosques, el monte, donde se albergaban fieras; pero la piedad cristiana formó una ciudad con sus fortalezas, sus torres, sus teatros y paseos y permaneció con grandes riquezas, hasta que los calvinistas se apoderaron de ellas. Allí fué en peregrinación Enrique II para dar gracias à la Santísima Virgen por los beneficios recibidos. Allí oraron S. Luis y sus hermanos, pidiendo à la Reina de los cielos que no abandonara al monarca de Francia. Allí fué donde Fenelón recibió la fuerza

que necesitaba para abrazar la vocación que tuvo, y ese hombre de palabra sublime, cisne de voz meliflua, quiso que las cenizas de su madre descansaran en ese templo, esperando el día de la resurrección. Carlo Magno lo enriqueció con sus presentes; y Roidán en 778 ofreció su espada à la Santísima Virgen, reconociendo sus favores. Y ¿quién no recuerda la peregrinación à Nuestra Señora de Loreto? Allí se han prosternado à las plantas de la Santísima Virgen, Pontífices, Reyes, Cardenales y toda clase de personas que llenas de fé, quieren y pueden darle pruebas de su amor.

Señores, la Iglesia se compara à un campo en que el sembrador deposita la semilla para que produzca abundantes frutos. Hace, no tres años, sino muchos lustros, que la lluvia del cielo no desciende en el estado en que se encuentra la época que tenemos que cruzar. La historia nos suministra datos importantes, que es indispensable consignar. Esa época, cuyo carácter no se ha llegado à definir por las pasiones que ofuscan al estimarla, hablo de la Edad Media, nos presenta un fenómeno digno de estudio.

Desde el siglo XII aparecen lumbreras de primera magnitud en el cielo de la Iglesia. Esos hombres creían, y como resultado de sus creencias produjeron obras dignas del genio. Alejandro de Ales, Pedro Lombardo, Graciano, Alberto Magno, el Angel de las Escuelas, admiración de los inteligentes y jefe del movimiento filosófico y teológico, Duns, Scoto, San Buenaventura, nos